

893

M.

PA 2625

ES3

B38



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

El Editor ha adquirido el  
 derecho exclusivo de publi-  
 car esta obra en castellano.

Imprenta de T. Rey.—Palma Alta, 27.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL

# BAZAR DE SAN GERMÁN

I

EL SEÑOR PERROLET

**A** las siete de la mañana de un día de media-  
 dos de Junio de 1881, día primaveral, de  
 cielo azul luminoso, se paseaba impaciente, como  
 quien espera á alguien que se retrasa, bajo los ár-  
 boles que sombrean la terraza de las Tullerías y  
 frente á la calle de San Roque, un caballero cuya  
 edad parecía fluctuar entre los cuarenta y los cua-  
 renta y cinco años, vestido de negro, con la ele-  
 gancia de quien puede pagarse un buen sastre y  
 que además no carece de buen gusto



Tenía en la mano un junco delgado y flexible, con el puño, de asta de búfalo, en forma de muleta, y sujeto á él por una virola de oro.

El retrato de este paseante matutino podría trazarse en cuatro pinceladas.

Rostro en el que se traslucía el cansancio, pero no desprovisto de distinción; al propio tiempo le caracterizaba una cierta timidez modesta; nariz aguileña, labios finos y un poco pálidos; las mejillas cuidadosamente afeitadas, hermosos dientes y pelo crespo, ya gris, mezclado con mechones de un blanco de plata, que acusaban una vejez precoz, debida al exceso de un trabajo constante, realizado en lugar donde el aire está viciado; era de mediana estatura, pero de figura bien proporcionada.

Unos ojos oscuros, brillantes y expresivos, bajo unas cejas pobladas, iluminaban su inteligente fisonomía.

¿Cuál era la profesión de este paseante impaciente é inquieto?

Era muy difícil decirlo.

Con la uniformidad del traje moderno, un ministro y un duque, un procurador y un par—si hubiese todavía pares,—un senador y un zapatero de moda, visten de la misma manera y presentan á la vista poco más ó menos el mismo aspecto.

Con frecuencia sucede que la figura del zapatero es mejor que la del senador.

Nada les diferencia al primer golpe de vista, y no hay cosa más fácil que equivocarse de clase.

El desconocido era de porte distinguido. No parecía un cualquiera, y, en efecto, podía alabarse de no serlo.

El señor don Antonio José Perrolet es uno de

los principales socios de la casa Bouret, que, con el título de *El Bazar de San Germán*, figura como uno de los almacenes más importantes del mundo.

Esta casa, cuya fundación data de treinta y cinco años solamente, no era en un principio más que una tienda de novedades, de décimo orden, en un todo igual á otras tantas que ocupaban un espacio muy pequeño en un barrio extraviado, y en el rincón del cuadrilátero que formaban viejas construcciones medio hundidas por el tiempo y que á duras penas se sostenían entre sí, verdaderos cascos de arrabal, que se extendía entre cuatro calles hacia las alturas de la enercijada de la Cruz Roja y del boulevard San Germán, antes de haber sido abierta esta gran arteria en el aristocrático barrio.

Poco á poco, de mes en mes, la tienda fué agrandándose; invadió las vecinas, acaparó las plantas bajas y los sótanos, expulsando los estancos, las tabernillas y prenderías á medida que terminaban los arrendamientos de los vecinos. Se convirtió en la propietaria del barrio en donde tiene, como los piñones en una piña, numerosas sucursales, y así, amigablemente, expropió cuanto le estorbaba; primero al nivel de las aceras, después subiendo á los pisos superiores, y llegando á los tejados, derribando tabiques y pisos, y, finalmente, reemplazando las casas desaparecidas con un monumental y suntuoso edificio, admiración de los parisienses y objeto de curiosidad para los extranjeros, que ningún turista deja de visitar durante su estancia en la gran capital.

El señor Perrolet no es el jefe de esta colosal creación del genio de la industria.

El solo dueño, el verdadero autócrata que tiene



bajo sus órdenes el ejército de tres mil soldados, cabos, oficiales, generales de brigada ó de división, que se mueven, se agitan, quieren ú odian, sufren ó se divierten en las entrañas de este Leviathan de escamas doradas, de este palacio soberbio, con sus techos iguales á los de los palacios reales, con mil colores brillantes, refulgentes y variados como los matices de un gigantesco calidoscopio, ó como los macizos de flores de un parterre, es el señor don Vicente Bouret.

Todo le pertenece, todo le está sometido incondicionalmente.

Pero, á la vez que hombre muy hábil, es muy modesto, para no rodearse de consejeros, y sabe escoger sus lugartenientes.

Bouret ha elegido entre sus dependientes una docena de los que sobresalían por sus aptitudes y los ha colocado al frente de los demás, haciendo de ellos una especie de gobernadores, encargándoles de la administración de los distintos departamentos de su reino.

Cada uno de ellos tiene atribuciones especiales y autónomas en su provincia; la dirige á su gusto bajo la mirada vigilante del jefe supremo.

El señor Perrolet es uno de esos subjefes cuyo puesto excita grandes envidias á su alrededor.

Envidias aún más enconadas porque se halla al frente del departamento más aristocrático de la casa.

Cada departamento está compuesto de varios ramos de artículos, y cada ramo está dirigido por otros tantos subgobiernos, con sus funcionarios especiales.

Mientras que el señor Martial, otro gobernador de departamento, el señor Baudricourt, don An-

selmo Ferrouillat y el señor Rodinet, son los jefes de los departamentos del calzado de mujer, del de los paraguas, pañuelos de bolsillo, mercería, paños, algodones, indianas ó botonería, el señor Perrolet, favorecido por la suerte, dirige con toda independencia los encajes, los trajes, y, en fin, ¡suprema alegría!, ¡elegancia de elegancias!, las modas, las deliciosas modas, los sombreros, las plumas, las flores, las cintas, las tocas, las capotas, todo, ayudado por un batallón de señoritas, unas más graciosas que otras, y todas vestidas con trajes negros, bien peinadas, de una finura exquisita y donde él solo impone la dirección y el gusto.

Bajo la autoridad de Perrolet, estas señoritas venden las delicadas mercancías, en verdaderos salones, alfombrados con mullidos tapices, amueblados con mostradores, verdaderas obras maestras de ebanistería, y con grandes armarios de espejos, donde se admiran al pasar, cuando las clientes las dejan lugar para ello, lo que sucede raras veces.

El señor Perrolet era un hombre muy ocupado, muy absorbido por su trabajo, pero también era un hombre feliz, adulado por aquellas lindas muchachas que procuraban alcanzar su protección, porque en los célebres almacenes de San Germán, lo mismo que en el Ejército, los ascensos se dan algunas veces por antigüedad, pero más á menudo por elección, y tenía á gala ser un patrón incorruptible y hallarse acorazado contra ciertos manejos, discretas sonrisas, dulces miradas que se filtraban por entre largas pestañas más negras todavía que los cabellos—lo que por sí sólo es una belleza,—y otras cualidades realmente temi-



bles que desde Friné á acá han amansado á los jueces más feroces.

Además, el señor Perrolet estaba favorecido por la suerte. La fortuna tenía para él rayos fecundantes, como los del sol de Mayo para los campos de cereales.

No gastaba nada; y ya fuese bueno ó malo el año, añadía á su capital un centenar de miles de francos, con los beneficios que tenía en la casa Bouret, sin contar los intereses de sus antiguas economías.

¡No tenía necesidad de cansarse tanto para ganar dinero!

Con dar un paseo por entre aquella constelación de lindas muchachas, dirigiendo miradas animosas á una, una palabra de cariño á otra, ó enderezando tal morigerada reprensión á la desgraciada que había hecho un movimiento de mal humor contra una cliente pesada, ó que acababa de estropear una venta fácil de realizar con habilidad ó paciencia, ya tenía bastante.

De buen carácter, dotado de una gran benevolencia, sensible bajo un exterior severo, justo y compasivo, dispuesto á hacer un favor en cualquier ocasión, no faltando nunca á su palabra, era, en suma, mejor que la mayor parte de las gentes que van y vienen por las aceras de París.

Perrolet disfrutaba de una ventaja excepcional para excitar el cariño de sus oficialas.

No estaba casado, lo que le aseguraba desde varios puntos de vista una superioridad marcada sobre sus colegas, y le proporcionaba mil ocasiones de buena suerte, con cada una de las seiscientas señoritas del almacén que podían esperar que su elección se fijase en ellas, y aspirando á

hacer la conquista del jefe, como todo buen diputado la de la cartera para la que tiene menos aptitudes.

Es justo reconocer que no se aprovechaba de aquella favorable situación.

Su buena fortuna en el Bazar de San Germán la debía á la circunstancia de ser del mismo pueblo que el ilustre Vicente Bouret.

Habían nacido los dos en San Lorenzo de Ormes, una aldea de la Sarthe, y, en cuanto á la modestia de su origen, no tuvieron que envidiarse nada el uno al otro.

Perrolet había venido á París diez años después que su paisano; había debutado en el comercio, y habiéndolo encontrado Vicente de simple dependiente en una tienda, con un sueldo muy mezquino, hacia el año 1855, le había recogido con un entusiasmo de corazón generoso que era una de sus mejores cualidades. Desde entonces no se habían separado.

En aquella época comenzaba la era de prosperidad para el bazar de San Germán.

Bouret, varios años antes, compró con la ayuda de un amigo, que había comprendido lo que valía, el comercio *La Sirena*, una tienda, en donde no vestían más que maritornes y hortelanas.

El nuevo propietario empezó por suprimir lo de Sirena, que le parecía demasiado mitológico y pasado de moda, y puso á su tienda un nombre relacionado con la solidez de la casa que se proponía establecer: el *Bazar de San Germán*.

Tan enérgico y emprendedor como Perrolet tímido y temeroso, desde su encuentro, los dos paisanos se profesaron una gran amistad.

Perrolet había trabajado con verdadero ardor



por el éxito de su amigo, y—hay que decirlo—había consumido mucha vida en veintisiete años de trabajo de todos los días, aun cuando no llevaba la parte más pesada de esta importante empresa.

Necesitaba descansar; pero se sentía sujeto en el edificio del poderoso comerciante, como un crustáceo entre las grietas de una roca; le era imposible desprenderse; formaba parte de la construcción; vegetaba como un viejo sicomoro en las ruinas. Aquel lujoso bazar era su patria. Allí estaba tan á gusto como un pez rojo en un vasto *aquarium*.

Su más viva satisfacción consistía en los amistosos saludos y en las deferencias que el personal no le regateaba, primero por su carácter benevolente y justo, y segundo porque era el íntimo, el alma, el familiar del gran jefe, del verdadero dueño y señor.

El señor Perrolet, campesino é hijo de modestos campesinos, hoy dos veces millonario, no se podía quejar.

Y sin embargo, aquella mañana, y bajo los árboles de la terraza de las Tullerías, se le veía agitado, como el que tiene una inquietud, alguna pena que le molesta y le pone nervioso.

A cada momento consultaba su reloj, subía hacia la plaza de la Concordia, después volvía bruscamente hacia la avenida que va á las ruinas de las Tullerías, dando en el suelo ó en las puntas de sus botas con su bastón, y pasándose los dedos por la frente, como un hombre preocupado.

Cien veces volvía la cabeza hacia la calle de Rivoli, como si esperase por ese lado á alguien que tardaba en venir.

Las puertas del Bazar de San Germán se abren á las ocho. Sus empleados tienen que estar en sus puestos al dar la última campanada.

El señor Perrolet miró por última vez su reloj. La aguja señalaba las siete y treinta y dos.

—No puede retrasarse mucho—pensó.—Es una empleado modelo y muy exacta.

Su cara descolorida, como si hubiese estado empolvada, se animó.

Por fin iba á verla, á hablarla quizá, si se atrevía, porque á su lado sentía una timidez verdaderamente ridícula.

Ridícula, sí, ciertamente. Así se lo decía él y se excitaba, quería cobrar osadía, se daba los mejores consejos, pero no lograba dominar su timidez. Sólo desde lejos se sentía completamente decidido y con un valor increíble.

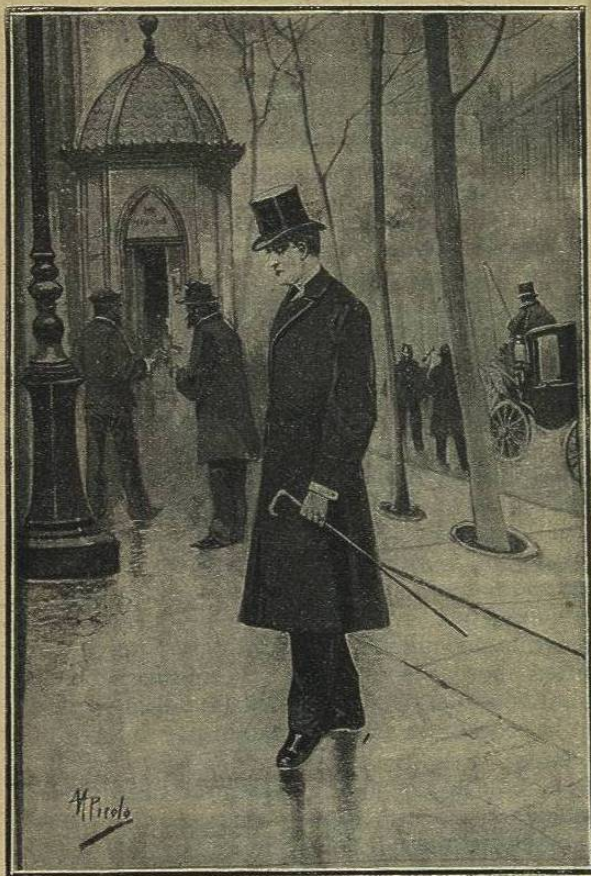
Después de todo, cuando se llama uno Antonio José Perrolet, y se es persona influyente en el Bazar de San Germán, la primera casa del mundo; cuando se han realizado economías soberbias, dos millones, que se multiplican y producen réditos con una fecundidad extraordinaria, no es muy difícil abordar á una encantadora muchacha de veinticuatro años, subordinada suya, la segunda en la sección de modas, cuando hay interés por decirla:

—Señorita, la amo, y desearía casarme con usted.

Seguramente no.

Así pensando y razonando tan bonitamente tomaba una resolución energética, preparaba sus frases un cuarto de hora antes; pero, en cuanto la veía aproximarse, se le paralizaba la sangre, su laringe sufría extrañas contracciones, semejantes





No puede retrasarse mucho — pensó el señor Perrolet.  
Es un empleado modelo.

á la de un ahogado que desciende á treinta pies de profundidad en el agua salada, y se quedaba tan mudo como una carpa.

Si estaba en el almacén, se miraba en el espejo, y ante el espectáculo de su pelo blanco, de su cara, aunque joven, sin embargo ya surcada por algunas arrugas — hay que convenirlo, — encontraba su pretensión absurda y encerraba el secreto en lo más hondo de su pecho, lo encadenaba y se volvía de espaldas, como si su confesión fuese á provocar una explosión de hilaridad en la muchacha.

El jardín ofrecía un golpe de vista magnífico; las flores, regadas durante la noche por una lluvia fina y fertilizadora, se erguían orgullosas en sus tallos; los arbustos de rojas campanulas, los heliotropos, las verbenas, los geranios, formaban un lindo mosaico en derredor de los macizos.

Los grandes castaños de Indias entrelazaban sus ramas, entonces en toda su plenitud primavera, y sobre este fondo de fresco follaje, de un verde obscuro y vigoroso, destacaba el verde claro de los fresnos, las plateadas hojas de los arces y de las sóforas del jardín reservado: el conjunto servía para realzar la blancura de las estatuas de mármol.

M. Perrolet se dejaba llevar, á pesar suyo, por el encanto de esta mañana deliciosa, cuando, de pronto, salió de su distracción por la aparición de un paseante que desembocaba por la avenida del lado de Pont-Royal, delante del pabellón de Flora, y se dirigía hacia él con paso precipitado.